

ISSN 2448-6019

Núm. 19, 2019

19

CONNOTAS.
REVISTA DE CRÍTICA
Y TEORÍA LITERARIAS



UNIVERSIDAD DE SONORA

Una luz llameante por los bosques de la noche: breve genealogía de la figura del tigre en la literatura

Burning flame in the forests of the night: a brief
genealogy of tiger in literature

JAIME RICARDO HUESCA OROZCO
UNIVERSIDAD VERACRUZANA
jai_rik@hotmail.com

Resumen:

Desde nuestros orígenes, el ser humano ha dotado al tigre de varias cargas simbólicas, más presentes en sus mitos, creencias y tradiciones, al grado de rendirle culto y tomarlo como un ser divino, o en otros casos, como una presencia diabólica en el mundo. El siguiente escrito presenta un breve repaso de la figura del tigre dentro de la literatura y su importancia en esta tradición. Para contextualizar, parte de la investigación se enfoca en el estudio simbólico del tigre desde los imaginarios antiguos: concepciones tanto de Oriente como de Occidente y cosmovisiones prehispánicas, en las que se observa que cada cultura otorga al felino rayado un significado que impera hasta nuestros días. Este repaso tiene como finalidad comprender cómo el escritor emplea los símbolos, en este caso el tigre, para otorgar a sus creaciones cargas significativas diversas, lo que demuestra la trascendencia de esta figura y su vasta senda recorrida en la tradición literaria. Autores de renombre como William Shakespeare, Paul Valéry, William Blake, Rudyard Kipling, Emilio Salgari, otros más cercanos como Jorge Luis Borges, Ramón López Velarde, Eduardo Lizalde, entre otros, mantienen una estrecha relación que va más allá del gusto por las

letras: la devoción hacia el tigre marcó determinantemente su obra y, hasta cierto punto, parte de la literatura venidera.

Palabras clave:

tigre, tradición literaria, simbología, prehispánico, poesía mexicana.

Abstract:

From our origins, the human being has endowed the tiger with several symbolic charges, present in their myths, beliefs and traditions, to the degree of worshipping it and taking it as a divine being, in other cases, as a diabolical presence in the world. This text presents a brief review of the tiger's figure and its importance within literary tradition. To contextualize, part of this investigation focuses on the symbolic study of the animal through the ancient imaginaries, conceptions of Oriental, Occidental and Pre-Hispanic worldviews where each culture gives the striped cat a meaning that prevails until now. This review has the purpose of understanding how, a writer uses said symbology, as a resource to grant his creation, in this case the tiger, broader meanings; which shows the transcendence of this figure and the vast path it has traveled in literary tradition. Renowed writers as William Sakespeare, Paul Valéry, William Blake, Rudyard Kipling, Emilio Salgari, Jorge Luis Borges, Ramón López Velarde, Eduardo Lizalde, et al., have more in common beyond their love for the letters: their devotion for the tiger marked their work decisively and, until certain point, part of the future literature.

Keywords:

tiger, literary tradition, symbology, pre-hispanic, mexican poetry.

Y persevero
 en buscar por el tiempo de la tarde
 el otro tigre, el que no está en el verso.
 Jorge Luis Borges, "El otro tigre"

Senda

Definir el origen exacto del tigre en el mundo es aventurado. Las pruebas de la existencia de este animal son muy antiguas y diversas. Tigre y hombre conviven desde un inicio, ambos en constante lucha con el otro, víctima y victimario: seres humanos en búsqueda de la piel de este ancestral felino y, en contraparte, el animal que encuentra en su enemigo el preciado alimento: la carne viva y latente, la sangre. Los siglos pasaron y cada especie continúa su camino. El hombre, claramente, venció sobre el tigre y se coronó como la especie dominante en virtud de su sapiencia; el otro, carnicero destrozado, vivirá errante hasta que la mano del otro derribe al último descendiente de los felinos. Pasa el tiempo y con ello se conforma el respeto hacia el animal, pues si bien somos culpables de su proclive extinción (“Animales en peligro”), son nuestros ritos, emociones, escritos, tradiciones y cosmovisiones las que llevaron a esta figura a un plano más elevado que el físico y natural. El terror hacia este ser y, con ello, la admiración que por él se tiene, orillan a su peor rival a venerarlo y darle un estatus importante en su vida, cuestión que guarda vigencia.

Según el catolicismo, Dios creó al hombre para que este tomara bajo su poder y nombrara a todos los animales existentes en el mundo, cuestión que coloca a nuestra especie más allá que las demás, pues quien denomina, a libertad impone y, por ende, controla. “Tigre”, deriva del latín *tigris* y este del griego *tygris*, término proveniente del persa *thigra*, cuyo significado es “agudo, punzante”, palabra también utilizada como verbo para aludir a la velocidad y rapidez de una flecha. Una asociación clara con este término es el nombre del famoso río Tigris, el cual es conocido así debido a la furiosa y rápida corriente de su cauce. Entonces, se dio nombre al animal conforme a esta cualidad y no por otras que resultan más obvias, como pueden serlo su fiera o distinguido pelaje. Hay quien propone que dicho título fue dado por los persas luego de vislumbrar al felino a orillas del río, tal vez en justa competencia de velocidad con la corriente (pues de las fieras salvajes, es el tigre el más veloz en el agua) o mostrando su alta maestría al cazar en el entorno acuático.

Sea cual fuere el motivo, dicha comparación no es descabellada, “tigre” y “río” guardan una relación que supera al mismo nombre. La Real Academia Española lo define como un “mamífero felino muy feroz y de gran tamaño, de pelaje blanco en el vientre, o amarillento y con listas oscuras en el lomo y la cola donde las tiene en formas de anillos”. Claramente, dicha definición resulta estéril para entender a este animal, puesto que sus representaciones son diversas. El objetivo de este trabajo es presentar un breve repaso de la figura del tigre dentro de la literatura, así como su importancia en esta tradición. Para contextualizar, en parte me enfocaré en el estudio simbólico del tigre en los imaginarios antiguos de Occidente y de Oriente, y en las cosmovisiones prehispánicas. Lo anterior tiene por finalidad comprender cómo dicha carga simbólica adquiere diversos significados con el paso de los años y cómo el escritor emplea tales constructos para otorgar a sus creaciones cargas significativas de amplio contenido, lo que demuestra la trascendencia de la figura del tigre y su vasta senda recorrida en la tradición literaria.

En realidad, cabe destacar, la historia de esta especie felina no es tan precisa (como en el caso de otros animales) y los datos existentes sobre ello remiten solamente a ideas que se tienen con base en escritos antiguos, esculturas, pinturas y demás pruebas históricas sobre su presencia. Por estas razones, no pretendo elaborar un estudio exhaustivo acerca de los orígenes de este animal sino, a manera general, mostrar la información obtenida que aportará una idea más clara sobre la concepción significativa y simbólica de dicha figura en la actualidad.

Culturas orientales

El tigre (*Panthera tigris*, por su nombre científico) es una de las cinco especies de la subfamilia de los panterinos (*Felidae*) pertenecientes al género *Panthera*; en dicho grupo, se encuentran el jaguar, el leopardo, el león y el irbis. Habita solamente en estado salvaje en Asia y de él se desprenden seis subespecies, de las cuales se distinguen el tigre de Birmania, de Bengala, de la India, de Bangladesh, de Bu-

tán y de Nepal. Es la variedad de félido más grande en el mundo y actualmente se encuentra en peligro de extinción. Gran parte de la población viva de esta especie yace en cautiverio. Suele habitar en las selvas y bosques densos o en áreas abiertas como las sabanas; es un animal solitario y extremadamente territorial.

Juan Eduardo Cirlot estudia al tigre relacionado con la mitología griega y Dionisio: “símbolo de la cólera y la crueldad” (405). Según la mitología, antes de vivir en el Olimpo, Dionisio recorrió el mundo en compañía de sus bacantes. Al llegar al río Sollax (nombre anterior que recibía el Tigris) le fue enviado un tigre por parte de Zeus para que lo ayudara a cruzar el torrente. Por este suceso, el nombre del caudal cambió de Sollax a Tigris; con ello, Dionisio pudo llegar a la India y conquistó aquel territorio, dotándolo de leyes, ciudades y la práctica de la vinicultura. Al término, Dionisio volvió al Olimpo en un carro tirado por tigres.¹ En consecuencia, el tigre se convirtió en símbolo de este dios, además de la vid. En realidad estos felinos no tienen un gran papel en la mitología griega debido a que, en ese entonces, todavía no se les conocía en lo que hoy es Europa.

En la cosmovisión romana, a las seguidoras de Baco (Dionisio) se les representa cubiertas con pieles de tigre y una corona de vid. Ambos elementos representan a este dios. El hombre de Occidente puede contemplar al tigre real hasta entrado el auge del Imperio romano, aunque de un modo lamentable, pues lo consideraron solamente como forma de espectáculo en el Coliseo, ya fuera en combates contra otros animales exóticos, como leones, elefantes, rinocerontes, o contra gladiadores.

En Oriente, el tigre tiene una mejor fortuna que en Roma. La información existente en torno a él, en dicha región, es más diversa, en claro contraste con Occidente. Al respecto, Juan Eduardo Cirlot señala:

¹ Otros autores comentan que Dionisio era transportado por leopardos/panteras. Los términos “tigre”, “pantera” y “jaguar” se emparentan; en su momento hablaré de ello.

Ahora bien, en China, el tigre parece desempeñar un papel similar al del león en las culturas africanas y occidentales. Aparece, pues, como éste, en dos estados diferentes (y como el dragón): como fiera salvaje y como fiera domada. En este aspecto se emplea como figura alegórica de la fuerza y el valor militar puestos al servicio del derecho. Cinco tigres míticos son investidos de la misma significación que en el cristianismo –sólo en el aspecto de orden contra el caos– desempeña el tetramorfos. El Tigre rojo reina en el sur, su estación es el estío y su elemento el fuego; el Tigre negro reina en el norte, en el agua y en el invierno; el Tigre Azul reina en el este, en la primavera y en los vegetales; el Tigre blanco domina en el oeste, en el otoño y en los metales. Finalmente, el Tigre amarillo (color solar) ocupa la tierra y manda a los otros tigres. Se halla en el centro de la China y la China en medio del mundo. Esta división por cuaternidad, más el quinto elemento central, es arquetípica de lo situacional, como ha estudiado Jung. Cuando aparece junto a otros animales, su significado se modifica según la relación jerárquica; así, en lucha con un reptil, expresa el principio superior, pero inversamente si combate con un león o un ser alado. (205)

Aparte de ello, el tigre se considera una imagen protectora de las casas y las personas. En China, existe la costumbre de colgar en los hogares una pintura con cinco tigres (los que acaban de mencionarse) para atraer la buena fortuna de estos recintos. Funge también como una figura curativa: cuando los niños enferman, los padres tienen el hábito de dibujar su símbolo en la frente de los pequeños en beneficio de su recuperación, también decoran las habitaciones con imágenes del animal para que la salud perdure. Además, hay una producción mercantil dedicada a elaborar prendas de ropa y artículos con imágenes o forma de tigre para que las personas lleven protección consigo. Por otro lado, en ciertas regiones de este país, una importante porción de la dote entregada a las novias consta de objetos relacionados con el férido, que representan una nueva vida para los casados (Umaña). Comenta Jack Tresidder sobre este:

símbolo a la vez agresivo y protector, bestial y real en las tradiciones de Asia y la India, donde el tigre reemplaza en su mayor parte al león como la imagen suprema de lo grande y temido de la naturaleza . . . Como el león, el tigre puede representar la muerte y la vida, el mal y la destrucción del mal. (228)

De modo que, en la situación anterior, este ser vivo sí proyecta un cambio en la vida de sus creyentes. Claramente se puede observar cómo florece la carga significativa del tigre con mayor fuerza en Oriente que en Occidente.² Además, se le entiende como parte de la representación del *yin yang*: simboliza el *yin*, y su opuesto, el dragón, el *yang*. De igual forma, el felino rayado representa uno de los doce animales del horóscopo chino; a quienes nacen bajo este signo se les define como personas rebeldes, orgullosas, aventureras, exitosas, afortunadas, impulsivas, sinceras, cariñosas, entre otros.

En la cultura hindú, al igual que en la china, se relaciona a este animal con la oscuridad. Tal cuestión va de la mano con las opacidades del alma, asociadas con una fuerza que esta cultura denomina como *tamas*. Menciona Cirlot que estas son “el simbolismo del nivel, y al desenfreno de todas las potencias inferiores de la instintividad” (445). En este imaginario, el *tama* es la más baja de las *gunas* (cualidades de la naturaleza), la condición más negativa; en ella se encuentran la oscuridad, la destrucción, la inercia, la pereza, la apatía, la obstinación y la ignorancia. Al igual que en la cultura china y en el mito del viaje de Dionisio, parte de los dioses hindús montan un tigre, mostrando con ello poderío sobre la bestia. Para los hindús, la piel del tigre simboliza la victoria sobre toda fuerza. En diversas ilustraciones pueden observarse tigres al servicio de las deidades: Brahma, el dios creador, porta la piel del felino y Shiva,

² Esto puede ser a raíz de algunos postulados científicos que teorizan el verdadero origen del tigre y la familia de los felinos. A partir de muestras paleontológicas, se establece que son animales provenientes de China, pues la muestra más antigua que existe fue hallada allí, y no en África, como otros argumentan.

dios destructor, monta a dicha especie (Cirlot 445). Cabe mencionar la variable simbólica del animal en relación con la deidad que lo porta, por un lado la fuerza positiva y, en contraparte, la negativa, esto dota al tigre de la cualidad que le corresponda en cada contexto.

En Japón, los animales simbólicos se dividen en reales y míticos; mi objeto de estudio entra en el primer campo: recibe gran admiración y se relaciona con la luna, la noche y el sol poniente. Al tigre lo representan, con cierta frecuencia, en constante conflicto con el dragón, lo cual alude también al *yin yang*. El tigre significa la fuerza, la sapiencia, la severidad, la victoria, el peligro, el valor; por estas razones se aprecia dicha figura en las armas japonesas. En su mitología, es considerado una de las cuatro bestias sagradas. Recibe el nombre de *Byakko*, que significa “luz blanca”. Personifica al oeste, al otoño y al elemento aire, cuestión que también sucede en la cultura China, salvo que esta agrupación consta de cuatro animales distintos (tigre, dragón, tortuga-serpiente y fénix) y no de cinco tigres (Umaña).

Culturas prehispánicas y cosmovisión mesoamericana

En América, el tigre es distinto del conocido en Oriente. El nombre recae también en el jaguar (*Panthera onca*) y mantiene una extensa simbología en la época precolombina; prueba de ello impera en los tantos vestigios que la arqueología descubre: figuras, esculturas, piezas pictóricas, hasta templos dedicados a este animal. Señala Rubén Bonifaz Nuño que en Mesoamérica existen cuatro presencias constantes en la creación indígena: la humana, la ofidia, la felina y la del ave (27). En dicho estudio, el autor habla sobre la imagen félida que la cosmovisión olmeca proyectó en sus piezas escultóricas: sedente o recostado y con sus piezas dentales reducidas a cuatro y no seis (al igual que las imágenes humanas). En cuanto a los mayas, Bonifaz señala que la visión del jaguar fue “flexible y mórbida”; geometrizó su forma en Mitla y Teotihuacán, donde lo pintaron de dicho modo, y “se cubre de universales signos en los muros teotihuacanos”. Su piel se elabora con manchas y rayas en los antiguos códices. En la

cerámica, lo plasman en la proporción del salto; en Tula se expresa imponente con collar y grandes garras (30). En Chichén Itzá, funge como trono.³ En la vasta diversidad arqueológica, se le halla en solitario o grupos. Bonifaz refiere el Templo de los jaguares en Chichén Itzá o la efigie del *Ocelocuauhtxicalli* azteca, la cual se aprecia como un jaguar (ya se dijo, en posición de efigie) y en su lomo posee un hueco donde porta “la imagen de dos dioses creadores cercados de signos determinantes [que constituye así] una manera de expresión sintética de la cosmovisión mesoamericana originada en los olmecas” (32).

Según la creencia mesoamericana, el génesis universal es producto del caos de las aguas, de donde surge el verbo creador formado por una trinidad: dos dioses y el hombre. En relación con el jaguar, existen imágenes donde se representa al hombre naciendo de las fauces del jaguar “del caos”, pues de su hocico emergen, además, corrientes acuáticas, lo cual supone que la creación del universo proviene de este ancestral felino.⁴

Además de esta información y variados mitos referentes al animal, Yólotl González Torres señala que el jaguar está asociado

. . . al poder político, a los poderes ocultos de los magos y de los hechiceros, así como al mundo nocturno y subterráneo (inframundo), a las cuevas, a las fuentes, a la fertilidad de la tierra, al valor, a la fuerza, a la oscuridad y la noche . . . La piel moteada de este animal se asocia al cielo estrellado. (99)

³ He aquí una similitud con Dionisio y las demás culturas, el dios o mandatario sobre la imagen felina.

⁴ Es prudente señalar la relación existente entre este suceso y el génesis que la Biblia señala: “La tierra no tenía forma ni contenía nada; negra oscuridad cubría la faz del abismo y el espíritu de Dios se cernía sobre las aguas. Y Dios dijo, ‘Que haya luz’” (Gén.1.2). De esa forma, del verbo surgen el universo y el hombre al igual que el dios jaguar. Además, en ambos se mantiene el agua como elemento, representada en conjunto con las tinieblas o el caos según sea el caso.

Por otra parte, este felino formaba parte del calendario de 260 días en Mesoamérica. Respecto a este y en relación con las creencias mexicas, Eike Hinz indica lo siguiente:

El destino de cada uno de los hombres ha sido determinado desde antes de su nacimiento, desde antes del comienzo del mundo, por disposición de los dioses creadores. Se manifiesta ese destino en el día de nacimiento de los hombres. Como podemos inferirlo del sentido de los textos, no sólo el destino de los hombres, sino también el de los dioses está predeterminado en una especie de orden cósmico. Por medio del calendario de los 260 días puede determinarse cuanto se refiere al destino de los días, sobre todo de los días de nacimiento. (205)

Como lo marca el calendario, cada día corresponde a un símbolo y el destino de quien nace estará marcado según su signo. La conducta del individuo determinará lo que ocurra en su futuro, pues de seguir los consejos del *tonalpouhqui*⁵ (una especie de sabio al que se acudía en estas situaciones) se puede evitar la fatalidad que conlleva el nacer bajo un signo negativo. Del *ocelotl* (como llamaban los mexicas al jaguar) corresponderá el siguiente precepto, que Hinz enuncia siguiendo la lectura del capítulo 2 del libro IV de la *Historia general de las cosas de la Nueva España*:

Aquellos que entonces nacían, fueran nobles o gente del pueblo, según se decía, morirían en la guerra . . . serían hechos prisioneros. . . . Solamente aquel derivaba de ello buen éxito, vivía en paz sobre la tierra, el que no era perezoso, holgazán . . . el que hacía merecimientos . . . aquel tenía éxito, sobresalía, el que marchaba derecho dentro de sí, era comprensivo, el que no tomaba a represión lo que era consejo, con lo que ha-

⁵ Dependiendo la edición, no del texto de Hinz sino de la referencia directa, se utiliza el término *tonalpauhqui* o también *tonalpauque*.

bía sido aconsejado, la educación con la que había sido educado, sino que directamente sobre sí la aplicaba. (207)

Sobre dicho destino en las personas, Sahagún menciona:

En todas sus cosas había de ser desdichado y vicioso y muy dado a las mujeres, y aunque fuese hombre valiente al fin vendíase él mismo por esclavo, y esto hacía porque era nacido en tal signo; . . . Más decían, que aunque fuese nacido en tal signo mal afortunado, remediábase por la destreza y diligencia que hacía por no dormir mucho, y hacer penitencia de ayunar y punzarse, sacando la sangre de su cuerpo, y barriendo la casa donde se criaba y poniendo lumbre, y si en despertando iba luego a la vida, acordándose de lo que adelante había de gastar . . . (225)

Por otro lado, menciona Sahagún que los mexicas consideraban de mal agüero escuchar el aullido nocturno de una “bestia fiera”, incluido en este grupo de animales el jaguar u ocelote:

Cuando uno oía en las montañas bramar alguna bestia fiera, o algún sonido hacía zumbido en los montes o en los valles, luego tomaba mal agüero, diciendo que significaba algún infortunio o desastre que le había de venir en breve, o que había de morir en la guerra o de enfermedad, . . . que le habían de hacer esclavo a él o alguno de sus hijos, o que alguna desventura había de venir por él o por su casa. (269)

Luego de escuchar el mal agüero, la persona acudía donde el *tonalpouhqui* para librarse de tal suerte, personaje que entablaba un diálogo con el afectado y le pedía un número de ofrendas y sacrificios necesarios para revertir su mala fortuna.⁶

⁶ La oración de este sabio era la siguiente: “Y tú, pobrecito, no debes de culpar a nadie porque el signo en que naciste tiene consigo estos azares, y ha venido ahora a verificarse en ti la maldad del signo en que naciste; esfuérzate, porque por

Los mexicas pensaban que todo ser vivo poseía una propiedad. El tigre se consideraba “príncipe y señor de todos los animales”. Era admirado por su fina visión, ya que podía ver por sobre la noche y la niebla a sus presas. Además, era un fiero rival para los cazadores, pues no se inmutaba ante la amenaza del arco y la flecha, caso contrario, “no huye sino siéntase, mirando hacia él [el cazador], sin ponerse detrás de alguna cosa” (621). Acto seguido, el tigre comienza a “hipar”/rugir para inmutar a su adversario y “desmayarle el corazón”, derribando cada saeta que recibe. Según la costumbre y respeto hacia el tigre, el cazador tenía permitido disparar cuatro flechas, fallada su oportunidad, el hombre debía darse por vencido y dejarse comer por la bestia, “erizado como el gato contra el perro; luego mata al cazador y se lo come” (621).

En estas culturas prehispánicas, y de Mesoamérica en general, se aprecia también cómo el jaguar era mezclado, en ocasiones, con la imagen de la serpiente y del mismo hombre, donde queda un registro importante de la relación entre el jaguar/tigre y el ser humano. No sobra decir que por mucho tiempo se consideró al jaguar como deidad de los olmecas y así se denominó a estos “el pueblo del jaguar”. Al igual que la cultura japonesa, los olmecas utilizaron la imagen de este panterino como símbolo de armas. Los guerreros usaban en combate la piel del felino como representación de fiereza; por otra parte, creían que los brujos o chamanes podían adquirir la forma del tigre, como sucede en otras civilizaciones. Fernando González de Oviedo, en *Sumario de la historia de las Indias*, textos que elabora al viajar a la Nueva España, narra respecto a su encuentro con el jaguar que:

El tigre es animal que, según los antiguos escribieron, es el más velocísimo de los animales terrestres; y *tiguer* en griego quiere decir saeta; y así, por la velocidad del río Tigris se le dio este nombre. Los primeros españoles que vieron estos tigres

experiencia lo sentirás; mira que tengas buen ánimo para sufrirlo y entre tanto llora y haz penitencia” (269).

en Tierra-Firme llamaron así a estos animales, los cuales son según y de la manera del que en esta ciudad de Toledo dio a vuestra majestad el almirante don Diego Colón, que le trajeron de Nuevo España. Tiene la hechura de la cabeza como león o onza, pero gruesa, y ella y todo el cuerpo y brazos pintado de manchas negras y juntas unas con otras, perfiladas de color o concierto de pintura; en el lomo y a par de él mayores estas manchas, y disminuyéndose hacia el vientre y brazos y cabeza; éste que aquí se trajo era pequeño y nuevo, y a mi parecer podría ser de tres años; pero haylos muy mayores en Tierra-Firme, y yo le he visto más alto bien que tres palmos y de más de cinco de luengo; y son muy doblados y recios de brazo y piernas, y muy armados de dientes y colmillos y uñas, y en tanta manera fiero, que a mi parecer ningún león real de los muy grandes no es tan fiero ni tan fuerte. De aquestos animales hay muchos en la Tierra-Firme, y se comen muchos indios, y son muy dañosos. (143)

Por este dato, puede comprenderse la denominación de “tigre” al jaguar, cuestión que en algunas circunstancias se ignora. Este fenómeno lingüístico era de esperarse: el hombre “conquistador”, al no tener un referente para denominar lo desconocido, nombra conforme a sus conocimientos, sea en este caso, el parecido entre estos dos animales.⁷

Imaginarios occidentales

Con respecto a la cultura cristiana, la Biblia señala que los animales se clasifican, por su apariencia vulgar, en terrestres, volátiles y acuáticos. Se establece, además, una distinción entre bestias puras

⁷ Para saber más sobre el jaguar y sus representaciones, recomiendo consultar *Balam. El jaguar a través de los tiempos y los espacios del universo maya* (2004) de María del Carmen Valverde Valdés.

e impuras: es puro lo que puede acercar a Dios e impuro lo que aleja de Él. El tigre, por su naturaleza carnívora, es impuro: “De entre los cuadrúpedos tendréis por impuro al plantígrado, es decir al que camina sobre sus garras. El que lleve sus cuerpos muertos tiene que lavar sus vestidos y quedará inmundo hasta la noche. Son cadáveres que deberéis tener impuros” (Lev. 11.27-28).

Durante la Edad Media surgen los bestiarios, textos que comprenden a un grupo de animales descritos conforme a su historia “natural”, lecciones morales e ilustraciones, donde, principalmente, se expone la presencia de Dios por sobre todas las cosas, así como el servicio, función o fin que tiene cada ser con respecto a su creador. Se conoce el *Physiologus* (*El Fisiólogo*, por su traducción) como el primer bestiario escrito; es de origen griego, fecha incierta y autor anónimo. Este objeto literario menciona al tigre como un ser vivo de gran velocidad (lo que reitera el significado del nombre), de bello pelaje compuesto de manchas o rayas. En estos escritos se demuestra cómo el hombre cazaba al cachorro del tigre y el método empleado para hacerlo consistía en engañar a la madre con espejos. Al verse en este artilugio, la hembra tigre cree que se encuentra frente a su cachorro y, al contemplar fascinada su propia imagen, sangre de su sangre, los cazadores obtienen el tiempo suficiente para dar huida. Señala el autor que la bestia encuentra tanto gozo en su reflejo que llega al grado de olvidar que debe seguir el rastro de su prole. Obligadamente, sea la situación que fuere, el tigre se contemplará si encuentra un espejo en su camino. La enseñanza de ello es la siguiente:

Tengamos cuidado de no parecernos a la tigresa. Y Amós el profeta dice que este mundo es semejante a la selva en que moran los tigres, y ruega a cada uno de nosotros cuide de conservar su cachorro, es decir, su alma. Pues los cazadores nos acechan y espían, y siempre tienen dispuestos sus espejos, por si pueden arrebatarnos nuestro cachorro. Los espejos son los grandes festines, los grandes placeres del mundo, que anhelamos; prendas, caballos, mujeres hermosas, y todos los demás pecados, como los que el cazador representa en su

espejo, que arroja a la cara del hombre. Por eso debe el hombre seguir los dictados de su Creador; entonces es cuando el Enemigo no tiene poder sobre el alma del hombre, sobre ese cachorro del que desea apoderarse. (*El Fisiólogo*)

Dato importante de lo anterior es la manera como se toma al tigre: una variante de sierpe. A esta, por considerarse la fuente del pecado, los hombres se encargan de exterminarla, por resentimiento respecto a aquel suceso bíblico que originó los males del ser humano.

En el bestiario *Physiologus* ocurre lo contrario en relación con la pantera,⁸ que de algún modo es, en semejanza con el jaguar, una representación del tigre, pues no hay que olvidar que a este férido se le denomina “jaguar negro”. La cuestión es la siguiente: la pantera, “es querida por todos los animales, pero odiada por todas las serpientes . . . muy inteligente; cuando ha saciado su hambre, duerme durante tres días, y al cabo de tres días se levanta” (28), lo cual constituye una clara alegoría a Jesucristo. Al despertar, la pantera lanza un rugido fuerte y de sus fauces sale un aliento perfumado, que atrae a todas las bestias a excepción del dragón, quien es su único rival y se esconde en la tierra hasta que el olor se esfuma porque no tolera el perfume de la pantera. Comenta el autor, “Pero cuando el dragón oye su voz, tiembla de miedo con todos sus miembros, y va a sepultarse en su madriguera subterránea, pues no puede soportar el olor

⁸ Cabe mencionar el curioso origen de la palabra “pantera”. Señala Jesús Gerardo Treviño: “viene del latín *panthera*, que a su vez procede del griego *panthēr*, ‘gato salvaje’ probablemente relacionado en su origen con el término sánscrito *pundarika*, ‘tigre’. Algunas fuentes, como el *American Heritage Dictionary*, edición 1970, y el *Webster’s Third New International Dictionary*, edición 1986, afirman que el origen de esta palabra es oscuro, más allá del griego antiguo. Sin embargo, una vieja etimología popular relaciona ingeniosamente pantera con dos elementos griegos: *pan-*, ‘todo’ . . . y *thēr, thēro*, ‘bestia, animal salvaje’ . . . Literalmente entonces, ‘animal totalmente salvaje o feral’. Pero a pesar de todo, existen suficientes elementos para descartar esta suposición infundada. Así, por ejemplo, Chanttraîne, uno de los mejores etimólogos especialistas en griego clásico, asegura que sin lugar a dudas, este vocablo es un préstamo extremooriental, relacionado como antes se dijo con *pundarika*”.

tan dulce de su boca; ahí permanece, disimulado en su agujero, tan débil como si estuviese muerto” (29). Es interesante vislumbrar la repetición de este binomio ahora en la cosmogonía cristiana, pantera/tigre y dragón: “Del mismo modo, Nuestro Señor, auténtica pantera, atrae a Él por la santa encarnación a la raza humana, a la que el dragón, es decir, el demonio, mantenía en un estado semejante a la muerte” (*El Fisiólogo*). Esto deja claro dos puntos: situaciones ligadas de una cosmovisión a otra y el juego de contrarios presente también en el taoísmo con el *yin yang*.

Otro punto concordante entre la relación pantera-Jesucristo es el principio del “verbo creador”. Según *El Fisiólogo*, el felino, alegoría divina, tiene la capacidad de llamar a las demás especies con su fulgurante verbo y persuadirlas con el aroma de su hiel, esto alude a las palabras que el hijo de Dios mencionó al resucitar: “Regocijaos y no tengáis temor alguno, pues he venido al mundo”, oración que resonó en todo el horizonte. Señala Jorge Luis Borges en *Manual de zoología fantástica*, que rescata el relato de la pantera que, “el poema *Gerontion*, de Eliot, habla de *Christ the tiger*, de Cristo el tigre” (117), lo cual alude a la estampa de este personaje de una manera “purificada” y señala que también representa una alegoría del hijo de Dios (aparte de la pantera), pues es el tigre una figura juzgada, oprimida, violentada y, en su final, sacrificada. Por otra parte, Eduardo Lizalde menciona en una entrevista: “El tigre, un tigre negro, una pantera, es nada menos que el símbolo de Cristo; Jesucristo era la lucha contra el mal, la injusticia, pero también era el rigor y el combate contra la violencia que lo rodeaba y esa violencia continua alrededor de todos los hombres . . .” (*Encuentro del maestro*).

Con este breve recorrido nuestro el peso simbólico que recae en la figura del tigre. Sorprende el amplio panorama que existe con respecto a este felino y, lo más sobresaliente, el reiterado diálogo que una civilización tiene con otra en torno a este, así como la devoción que se le profesa, lo que ha motivado su consideración como deidad. Puede que me encuentre ante algo más profundo: el proceso y fluir natural de cada cultura conectada de un modo misterioso con las demás, el caudal furioso del Tigris, un fenómeno donde toda cosmovisión adopta las mismas figuras de culto, con

peso simbólico y significativo semejante. Llegar a este punto crea más incertidumbre que luz en las palabras. ¿Qué otras representaciones existen respecto al tigre? Con lo anterior, es posible afirmar que este animal posee, por sobre todo, más elementos que la pobre definición de un diccionario. Poco a poco, el ser humano está más ligado con dicha especie; estoy en terrenos escabrosos, en la difusa selva, parte de la senda del tigre.

Tigres de papel: composiciones (representaciones) estéticas en la literatura

“Para un verdadero poeta, cada momento en la vida, cada hecho, debería ser poético, ya que profundamente lo es” (Borges, *Poesía* 337). ¿Y qué encuentro no será tan poético como el contemplar a un tigre? Apreciar aquel gesto de rayada furia, su estética destructora, el temple asesino del “rey de las fieras”,⁹ “sol de los carnívoros”.¹⁰ El tigre fue creado no solo para habitar en la cálida sabana o en la humedad de las selvas, su cubil tiene algo de prosa y verso. En su poder como especie dominante, el ser humano destruye al tigre y lo recrea en las páginas.

De esta suerte, el escritor plasma al animal casi como un acto de écfasis, donde elabora un objeto poético más profundo que una emulación con las palabras, una correspondencia cada vez más estrecha entre las líneas hasta que el tigre no es solamente una alegoría de Jesucristo y ostentador de todo el peso simbólico que le otorgan las culturas, sino que vendrá a formar la alegoría del hombre y al poeta mismo. Esta última entidad, prestidigitadora del lenguaje, toma por derecho cualquier imagen de utilidad, pues todo guarda una esencia poética, oculta ante los ojos de quien poco observa; el fin de ocupar esta visión es elaborar un producto bello o sublime.

⁹ Epíteto que aparece en el poema “3” de *El tigre en la casa* de Eduardo Lizalde, contenido en ¡*Tigre, tigre!* (14).

¹⁰ Epíteto tomado del primer poema, sin título, de *Caza mayor*, contenido en ¡*Tigre, tigre!* (97).

Por otro lado, el poeta suele plasmar algún encuentro estético en su acontecer. A manera de un *haijin*,¹¹ captura imágenes que eventualmente contempló y busca en estas un significado más elevado.

Los primeros poemas dedicados al tigre surgen conforme a los procesos mencionados. Estos encuentros “casuales”, por llamarlos así, fueron el motivo para que algunos tigrómanos dieran inicio a esta afición por preservar la vida del felino en innumerables textos. A finales del siglo XIV, William Shakespeare publicó una serie de sonetos donde existió al menos un tigre en mención. En el “Soneto XIX”, “arranca algunos dientes de las fauces del tigre” (451),¹² es una línea donde se aprecia el uso directo del nombre del animal. Lo que podría ignorarse del contenido de dicho soneto es que existe una asimilación posible entre el tigre y el tiempo, ya que el autor inicia el poema con la siguiente frase: “tiempo devorador”, y consecutivamente enuncia “mella del león las garras”, lo cual alude de manera obvia a un férido. El tema del poema es una petición del “yo” poético hacia esta bestia imponente e inmutable nombrada “tiempo”. En él, Shakespeare presenta eventos cíclicos que se desarrollan con esta presencia: “haz que la tierra coma sus propios dulces brotes”, “Y el tan longevo Fénix quema en su misma sangre”, “Trae en tu vuelo tristes o faustas estaciones”, lo que, en relación con el verso que nombra al tigre, muestra indicios de una fiera vetusta, imposibilitada con el pasar de los años, la cual, carente de principales armas, está próximo a perecer. En su conjunto, esta serie de versos muestra la fatalidad del tiempo, fuerza que tiene algo de tigre, pues el autor lo concibe como una presencia negativa y como un tigre en sí mismo. Puesto que está presente el león en este escrito, cabe recalcar que como lo marcó Cirlot, entre ambos existen jerarquías.

El poema cumbre que encarna al tigre fue escrito en 1793: *The tiger* de William Blake. En él se cuestiona la naturaleza de este animal terrible, además se expone un asombro y una vasta admiración:

¹¹ Término referente al poeta que elabora *haiku*.

¹² Todos los versos citados de Shakespeare, William Blake y Paul Valéry son traducciones de Eduardo Lizalde y se tomaron de *Nueva memoria del tigre* (2005).

¿Qué mano inmortal u ojo
 forjó tu pavorosa simetría?
 . . . en qué cielos
 el fuego de tus ojos se encendió
 . . . ¿Cómo la mano osó ceñir tal fuego? (453)

En dicho poema encuentro el respeto que genera el miedo, cómo el férido es forjado con la fuerza del martillo, el arte de Vulcano: “¿Cuál fue el yunque, cuáles garras tremendas/ osaron sus mortales terrores apresar?” (453). Escribe al respecto Eliot Weinberger: “representa la ira, la revolución y belleza indómitos, la revuelta romántica de la imaginación contra la razón” (19). Es acaso este escrito, “el más famoso y traducido del mundo sobre la hermosa fiera” (432), comenta Eduardo Lizalde. Blake abre una brecha genealógica que busca mantener este objeto poético.

En Paul Valéry, principal representante de la “poesía pura” y de los creadores franceses del siglo XIX, se halla el acto contemplativo frente al tigre. Este ocurre en dos poemas que nacen en Londres; el primero, “Tigre”:

Tigre en el zoológico. Admirable bestia, una cabeza de formidable seriedad, y esta máscara conocida donde hay algo de mongol, una fuerza real, una posibilidad, expresión cerrada de poder –alguna cosa más allá de la crueldad–, una expresión de fatalidad – cabeza de absoluto amo en reposo. Hastiado, formidable, cargado –imposible sería ser idealmente tigre”. (457)

El autor rescata este episodio vivido, lo cual hace juego con la cita inicial de Borges: “No puedo demorarme y estudiar mucho tiempo esta bestia, el más bello tigre que he visto” (457). Observo en este producto el proceso de asimilación que Valéry desarrolla para preservar entre líneas tan singular suceso: “Pienso en la literatura posible sobre este personaje. Las imágenes que se buscarán y que no buscaré. Buscaré poseerlo en su estado de vida y de forma movable, deformable a causa del acto, antes que intentarlo por la escritura” (457). El poeta francés hace notar su admiración hacia

este animal y resalta su antigüedad en la cultura del hombre: “Este animal tiene el aire de los grandes imperios” (457).

Cuando ocurre el segundo encuentro con el felino, Valéry opta también por llevarlo al papel, como lo hizo en su primera visita al zoológico. Este segundo poema se titula “El mismo”. El escritor expresa el lado erótico que provoca el tigre en su memoria: “Su inmovilidad me fija. Su belleza me cristaliza. Caigo como en un ensueño delante de esta impenetrable y animal persona. Compongo dentro de mi espíritu las fuerzas y las formas de este magnífico señor, que una tan suave y noble piel envuelve” (459). Como si la emoción aumentara con cada visita al zoológico, Valéry, al igual que Blake, celebra la perfección que representa dicho animal y reitera el sentir del primer poema: “Esta criatura me hace pensar, vagamente, en un grandioso imperio”. Al final, el autor remata sobreponiendo la imagen del hombre con el tigre, mostrando la desventaja estética de aquel en comparación con la talante y perfecta construcción de la fiera. Concuerrdo con las últimas frases del autor de *El cementerio marino* con respecto al tigre: “No es posible ser más uno mismo”. Luego de presentarse un encuentro con el felino, algo cambia en uno, no podría decir que algo se rompe en el interior, más bien, algo nace. En armonía con dicha idea, en “De animalités”, Paul Valéry dice: “Los leones tienen un aire de hombres feroces y obtusos, que no se advierte con los otros animales. El tigre no tiene nada de este aspecto” (455) y es, tal vez, esta idea la causa de la imposible igualdad que propone en “El mismo”.

Con respecto a la prosa, debe mencionarse “¿La dama o el tigre?” (1882) que Frank Stockton publica en *The Century Magazine*, cuento que llevó al autor a sufrir una gran incomodidad, por el desenlace que escribió. En este relato, un mandatario opta por crear un sistema de justicia para su pueblo, este constaba en colocar al acusado en un ruedo (a modo de juicio y espectáculo) para que abriera una puerta del par que se encontraba frente a él. Una de estas puertas contenía un tigre en espera de masacrar al hombre, consecuencia de ello, al individuo se le consideraba culpable de su crimen. En la otra puerta permanecía una dama apta a las condiciones del enjuiciado, con la que debía desposarse al momento y con ello garantizar su inocencia,

esto sin contemplar que el hombre tuviese familia u otra circunstancia que lo comprometiera. El conflicto de la narración surge cuando la hija de este rey se enamora de un mozo. El rey, al saber la noticia, manda al plebeyo a juicio. En consecuencia, impone que se busque al tigre más fiero y sanguinario que se encuentre, además de la mujer más bella del lugar, más hermosa que la propia princesa. Antes de efectuarse el juicio, la hija del rey descubre el mecanismo de este acto y, cuando el joven entra al escenario, ella apunta hacia una de ambas puertas. El mozo abre la entrada recomendada y viene aquí la conmoción de la historia, ¿qué será lo más asequible para la princesa, ver a su amor como alimento de fieras o dichosamente casado con una mujer más hermosa que ella? ¿Qué significaba esa señal?: “¿qué salió de la puerta, la dama o el tigre?” (cit. en Weinberger 16). Eliot Weinberger resalta lo siguiente: “Por entonces, los finales indecisos no resultaban modernos sino agraviantes, y Stockton vivió sus últimos veinte años asediado por soluciones, continuaciones y amenazas” (16).

Entre tales intimidaciones, ilustra Weinberger una broma que, según la revista *Wave* en 1896, el mismo Rudyard Kipling elaboró “en perfecto estilo angloindio”:

Stockton y Kipling se conocieron en la recepción de un escritor, y después de un poco de charla comentó el primero: “A propósito, Kipling, se me ha ocurrido ir a la India algún día.” “—¡Hágalo, querido amigo!”—contestó el señor Kipling con cordialidad sospechosamente cálida- “¡venga lo más pronto que pueda! ¿Y sabe usted, dicho sea de paso, lo que haremos cuando lo tengamos allí, lejos de sus amigos y familiares? Pues bien, lo primero será atraerlo a la selva, donde lo capturarán nuestros fieles sirvientes. Entonces lo tumbaremos de espaldas, con uno de nuestros mayores elefantes encima, balanceando una ancha pata delantera sobre su cabeza. Entonces diré con mi tono más persuasivo: ‘—Vamos a ver, Stockton, ¿qué fue? ¿La dama o el tigre?...’ (16)

Cada persona poseía su propio gusto hacia una puerta, objetivo de un desenlace abierto, el problema es que Stockton fue presa de esta

pregunta, su cruz y propio tigre hasta sus últimos días. Trece años después de la publicación del cuento (1895), W. S. Hopson refería tal historia:

Cuando mi mujer se enoja,
Mientras crece su furor
Pienso en la dama y el tigre
Y grito: elegí los dos. (cit. en Weinberg 17)

Entre otros autores, está el dicho Rudyard Kipling, quien publica en 1894 *El libro de la selva*. En este texto yace uno de los tigres más representativos de la literatura, Shere Khan, bestia detestable en toda la selva, impura y de poca honra, pues se dedica, debido a una deficiencia en una pata, a cazar ganado y a devorar hombres, el acto más bajo en la jungla:

La Ley de la Selva, que nunca impone nada sin tener un motivo, prohíbe a las fieras que atrapen al Hombre, excepto cuando estén matando para enseñar a sus hijos, y entonces deben hacerlo fuera de los límites de caza de su manada o tribu. La verdadera razón de esto es que matar al Hombre significa, tarde o temprano, la llegada de hombres blancos con armas, montados encima de elefantes, y de centenares de hombres marrones con gongs, cohetes y antorchas. Todos los habitantes de la Selva sufren entonces. La razón que las fieras se dan unas a otras es que el Hombre es el más débil e indefenso de todas las criaturas vivientes, y tocarlo no es digno de un buen cazador. (17)

En esto se observa que la imagen de Shere Khan se impregna de los símbolos ya expuestos, lo vuelven un ser maligno; lo que contribuye a configurar su rol de villano en la historia. De otro modo se toma a Bagheera la pantera, que también responde a su tradición y da muestra de las cualidades que *El Fisiólogo* ya numeró:

Una sombra negra se deslizó dentro del círculo. Era Bagheera, la pantera negra, completamente negra como la tinta, pero con las marcas típicas de las panteras, que se le veían según

daba la luz, como el tejido de una seda lustrosa. Todos conocían a Bagheera, y nadie quería cruzarse en su camino, pues era tan astuta como Tabaqui [la hiena secuaz de Shere Kan], tan atrevida como el búfalo salvaje y tan precipitada como el elefante herido. Pero tenía la voz tan dulce como la miel silvestre que gotea de un árbol, y la piel más suave que el plumón. (24)

Contemporáneo de Kipling, el italiano Emilio Salgari, personificó en sus historias de aventuras al felino rayado. Títulos representantes son *Los tigres de la Malasia* (1896) o *El Corsario negro* (1898), donde se describe al carnicero de las selvas:

Tenía la cabeza redonda, el cuerpo alargado y robusto, una cola de más de medio metro, garras largas y filosas, la pelambre espesa, pero corta, de color rojo amarillento, que se volvía cada vez más oscuro sobre el dorso, aunque era claro, casi blanco, sobre el vientre, y gris sobre el cráneo... se trataba de uno de aquellos animales que los hispanoamericanos llaman mizgli, o mejor todavía, coguares o pumas, o leones de América.

... En una sola noche son capaces de matar cincuenta cabezas de ganado, limitándose a beber la sangre caliente que hacen brotar de las venas del cuello de la víctima. (cit. en Lizalde 461)

La variedad de autores es muy vasta con respecto a este tópico literario. Entre otros como Keats, Víctor Hugo, Baudelaire y Rilke, mencionan su afición por los felinos. Considero importante que, de dicho respeto y admiración, nace un compromiso inconsciente por preservar al felino rayado, pues el descenso en el número de especímenes de tigre en el mundo es evidente. Bien remata Weinberger en el artículo que cito desde hace varios párrafos, “Tigres de papel”, que también inspira el título de este subtema, que para los ingleses matar un tigre representaba una prueba de hombría que todo aristócrata debía corroborar. Para ellos, viajar a Asia, a la India, significaba ir, casi obligadamente, a cazar tigres. Por cuestiones his-

tóricas, este animal cargó con un estigma que la población inglesa resentía y al que guardaba gran rencor. Solo a manera de ejemplo, cabe señalar que “George Yule, del Servicio Civil de Bengala, mató 400 [tigres] y dejó de contarlos”. Weinberger muestra, para finalizar su estudio, lo siguiente:

- El tigre de Bali: visto por última vez en 1937; extinto.
- El tigre del Caspio: visto por última vez en 1957; extinto.
- El tigre de Java: quedan entre 3 y 5.
- El tigre de Sumatra: quedan 800.
- El tigre siberiano: quedan 200 en la URSS, menos de 100 en China y las Coreas.
- El tigre chino: quedan “muy pocos”.
- El tigre indochino: quedan 1125, “en rápida declinación”.
- El tigre indio: quedan 1827 en la India (población estimada allí hacia 1900: 40000). (20)

Son datos tristemente reveladores, más ahora que en el planeta quedan, comenta la *World Wildlife Fund for Nature*, tan solo 3200 ejemplares en estado salvaje. Escribir sobre este animal, considero, también tiene como fin elaborar pruebas de que existieron tigres entre nosotros, así como a través de pinturas rupestres se supo que mamuts y tigres dientes de sable convivían con los seres humanos. La mencionada genealogía de autores mantuvo su expansión y esta forma de fuego prometeico sigue su natural curso.

Poesía y tigre en Hispanoamérica

Esta senda se debe a los cuentos de Horacio Quiroga, los cuales siguen la línea que Salgari y Kipling manejan, así como a otros escritores. Rubén Darío proyectó en un bello poema de título “Estival” cómo se desarrolla la cópula entre dos tigres. Los versos están cargados de exotismo y alta eroticidad:

Después, el misterioso
tacto, las impulsivas

fuerzas que arrastran con poder pasmoso;
 y, ¡oh gran Pan! el idilio monstruoso
 bajo las vastas selvas primitivas.
 No el de las musas de las blandas horas
 suaves, expresivas,
 en las rientes auroras
 y las azules noches pensativas;
 sino el que todo enciende, anima, exalta,
 polen, savia, calor, nervio, corteza,
 y en torrentes de vida brota y salta
 del seno de la gran Naturaleza. (126)

El poema se divide en tres partes. La primera alude al acto carnal entre ambas fieras y la segunda a cómo los seres humanos les dan caza. Se observa la fatalidad en contra de la especie dominada:

El príncipe atrevido,
 adelanta, se acerca, ya se para;
 ya apunta y cierra un ojo; ya dispara;
 ya del arma el estruendo
 por el espeso bosque ha resonado.
 El tigre sale huyendo,
 y la hembra queda, el vientre desgarrado.
 ¡Oh, va a morir!... Pero antes, débil, yerta,
 chorreando sangre por la herida abierta,
 con ojo dolorido
 miró a aquel cazador, lanzó un gemido
 como un ¡ay! de mujer... y cayó muerta. (127)

Por último, en la tercera parte, Darío cuenta las acciones siguientes del tigre macho luego de huir del violento acto que sufrió a causa del hombre.

Hacia 1899, nace en Buenos Aires Jorge Luis Borges, el tigrómano que influenciará a los creadores hispanoamericanos para dar vida a sus propios tigres. En palabras de Nuria Amat:

El tigre fue siempre una obsesión para Borges. La luz que guiará su vocación de escritor. Viene a significar el símbolo más hermoso de su biografía literaria debido a que el tigre encarnará la literatura que ama y, en consecuencia, la literatura que fundará a partir del impacto de ese encuentro de la infancia.

El mismo autor describe el episodio y obsesión. Evoca al felino en un texto llamado “Dreamtigers”, publicado en *El Hacedor* (1960):

En la infancia yo ejercí con fervor la adoración del tigre: no el tigre overo de los camalotes del Paraná y de la confusión amazónica, sino el tigre rayado, asiático, real, que sólo pueden afrontar los hombres de guerra, sobre un castillo encima de un elefante. Yo solía demorarme sin fin ante una de las jaulas en el Zoológico; yo apreciaba las vastas enciclopedias y los libros de historia natural, por el esplendor de sus tigres. (Todavía me acuerdo de esas figuras: yo que no puedo recordar sin error la frente o la sonrisa de una mujer.) Pasó la infancia, caducaron los tigres y su pasión, pero todavía están en mis sueños. (10)¹³

Para 1949, Borges escribe en *El Aleph* “La escritura del dios”, relato en que narra el encuentro entre un hombre y un jaguar. En él, hace alusión a su vasta carga simbólica y a relaciones con la divinidad mesoamericana. Años más tarde, el autor publica *El oro de los tigres* (1972), poemario que contiene un escrito con el mismo nombre y recalca la memoria con aquel espécimen, su presencia en la tradición, su áureo pelaje (el cual es un referente común al desarrollar tigres en escritos poéticos), y la relación del color de este con su dorada ceguera:

¹³ Entonces, de no contemplar dicho animal, Borges no habría sido el mismo y, por ende, tampoco gran parte de la ahora tradición literaria. Al igual que Valéry, confiesa: “No es posible ser más uno mismo”. Así, luego de contemplar al felino, ocurrió con Borges un suceso semejante. Episodios como el anterior, me parece, marcan al poeta y lo impulsan a crear su obra venidera.

Hasta la hora del ocaso amarillo
 Cuántas veces habré mirado
 Al poderoso tigre de Bengala
 Ir y venir por el predestinado camino
 Detrás de los barrotes de hierro,
 Sin sospechar que eran su cárcel.
 Después vendrían otros tigres,
 El tigre de fuego de Blake;
 Después vendrían otros oros . . . (380)

Pensar en tigres, con respecto a la tradición poética en Hispanoamérica, remite directamente a Jorge Luis Borges, esto porque él fue pionero en reclamar dicho “fuego” y porque lo maneja de forma reiterada en toda su obra. En libros como *La rosa profunda* (1975) o *Historia de la noche* (1977), el autor tomará también como sujeto poético a esta especie de felino y a la estirpe panterina que lo acompaña.

En México, Ramón López Velarde (1888) publica en *El minuterero* (1923) un texto de nombre “Obra maestra”, donde la imagen del felino presenta una significación que, a mi parecer, no mantenía registro alguno o una aproximación directa con el animal. López Velarde análoga la soltería (propia) con la vida instintiva y solitaria del tigre real: el soltero es quien porta los barrotes elaborados por la sociedad de los años veinte. El tigre tiene miedo, el soltero (hombre o felino rayado) sangra y es impotente, “no retrocede ni avanza”. Con ello, no hablo solamente de hombre y tigre al referir esta opresión, ante todo, quien también sufre es el poeta. El autor inaugura, en esta senda, la decadencia del gran carnívoro y, al mismo tiempo, la caída del que elabora los versos al punto de ser ambos la misma forma orgánica. Frente a las cualidades de grandeza y fervor que la tradición exaltaba en esta figura selvática —su increíble rapidez, sus poderes creadores/destructores, la belleza de su pelaje y el erotismo que inspira en el hombre, entre otros— entrado el siglo XX, esta vendrá a ser una representación de enfermedad, impotencia y soledad —como inauguró Velarde—, así como de orfandad, desamor y demás penas. Encuentro aquí la caída de un rey, el declive

del tigre.¹⁴ Lo anterior repercutirá en la mayoría de los autores que a futuro tomarán como personaje a este ser vivo: José Emilio Pacheco,¹⁵ Efraín Bartolomé,¹⁶ Macario Matus,¹⁷ Rubén Bonifaz Nuño,¹⁸ Eduardo Lizalde,¹⁹ entre otros. El tigre representará una forma de identidad, una ideología poco reconocida, o más bien, ignorada, la expresión desencantada del poeta con relación a la vida, al amor, a su entorno, todo.

Con lo anteriormente expuesto, es fácil observar la diversa información existente sobre el tigre, lo que demuestra la gran importancia que tiene para el hombre. Además, con ello contemplo lo trascendente que fue para muchos escritores canónicos el mantener culto hacia dicha fiera, que no dejará de asombrar a las generaciones venideras. Se expresaron así, de forma general, las principales voces literarias que han tratado en sus líneas la figura del felino y que, hasta nuestros días, se encargaron de preservarlo entre la tinta y el papel. Por muchos o pocos nombres que se mencionaron, es casi imposible dar cuenta de todos quienes conforman esta senda o genealogía.

¹⁴ Lo curioso es que, además de presentar esta carencia en el plano poético, lo mismo sucede en nuestra realidad, pareciera que se representa al tigre convaleciente en relación con el estado de la especie entera, pues está próximo a la extinción.

¹⁵ *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (1970), *Islas a la deriva* (1976), *Los trabajos del mar* (1983), *Alta traición* (1985), *El silencio de la luna* (1996), *Como la lluvia* (2009).

¹⁶ *Ojo de jaguar* (1982), *Oficio: Arder* (Obra poética 1982-1997), *Anima Mundi* (2015).

¹⁷ En poemas como “Los zapotecas” o “Dios de la lujuria”.

¹⁸ *Fuego de pobres* (1961), *Siete de espadas* (1966), *El ala del tigre* (1969), *La flama en el espejo* (1971).

¹⁹ Principalmente en *El tigre en la casa* (1970) y *Caza Mayor* (1979). El autor no dejará de mencionar en su obra futura al tigre, por eso mismo solo menciono los dos poemarios anteriores. De la poesía mexicana, él es quien porta la bandera con respecto al férido rayado.

Bibliografía

- “Animales en peligro de extinción: el tigre”. *Europa Press*, 01 febrero 2019, europapress.es/sociedad/medio-ambiente-00647/noticia-animales-peligro-extincion-tigre-20150201155625.html
- Amat, Nuria. “El tigre está en los libros. Visiones sobre la llamada literaria”. 22 octubre 2013, historico.prodavinci.com/2013/10/22/artes/el-tigre-esta-en-los-libros-visiones-sobre-la-llamada-literaria-por-nuria-amat/
- Bonifaz Nuño, Rubén. *Olmecas, esencia y fundación*. Colegio Nacional, 1992.
- Borges, Jorge Luis. *El Hacedor*. Alianza, 1998.
- _____. *Poesía completa*. Debolsillo, 2014.
- Borges, Jorge Luis, y Margarita Guerrero. *Manual de zoología fantástica*. FCE, 1983.
- Cirlot, Juan Eduardo. *Diccionario de los símbolos*. Siruela, 2004.
- Darío, Rubén. *Azul...* Austral, 1973.
- Diccionario de la Real Academia Española*, RAE, 2019, dle.rae.es/id=Zjo6qtj
- El Fisiólogo. Bestiario medieval*. Siruela, lytanoh.files.wordpress.com/2016/06/bestiario-medieval.pdf
- González de Oviedo, Fernando. *Sumario de la historia de las Indias*. FCE, 1950.
- González Torres, Yolotl. *Diccionario de mitología y religión de Mesoamérica*. Larousse, 1991.
- Hinz, Eike. “Aspectos sociales del calendario de 260 días en Mesoamérica”. *Estudios de cultura náhuatl*, editado por Miguel León Portilla, UNAM, 1980, pp. 203-224.
- Kipling, Rudyard. *El libro de la selva*. Traducido por Gabriela Bustelo, Sexto Piso, 2013.
- León Portilla, Miguel, editor. *Estudios de cultura náhuatl*. UNAM, 1980.
- Lizalde, Eduardo. *Nueva memoria del tigre*. FCE, 2005.
- _____. *¡Tigre, tigre!* FCE, 1985.
- López Velarde, Ramón. *La suave patria y otros textos*. Universidad Veracruzana, 2007.

- Sagrada Biblia*. Editado por Agustín Magaña Méndez, San Pablo, 2007.
- Sahagún, Bernardino. *Historial general de las cosas de la Nueva España*. Porrúa, 1981.
- Tresidder, Jack. *Diccionario de los símbolos*. Traducido por Ana María Martín del Campo, Editorial Tomo, 2008.
- Treviño Rodríguez, Jesús G. “Etimología de pantera”. *Etimologías de Chile*, 2019, etimologias.dechile.net/?pantera
- Umaña, Ingrid. “Tigre, etimología, leyendas e historia”. 29 junio 2009, rumanaladytiger.blogspot.com/2009/06/tigres-mitos-y-simbologia.html.
- Valdés Valverde, María del Carmen. *Balam: el jaguar a través de los tiempos y los espacios del universo maya*. UNAM, 2004.
- Weinberger, Elliot. “Tigres de papel”. *Vuelta*, no. 16, julio de 1986, pp. 16-20.